





ASSASSIN'S
CREED®
UNITY





Oliver Bowden

ASSASSIN'S
CREED®
UNITY

Traducción del inglés de Paz Pruneda

 *Editorial El Ateneo*

la esfera  de los libros

Bowden, Oliver

Assassin's Creed : Unity / Oliver Bowden. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El Ateneo ; Madrid : La esfera de los libros, 2016.

432 p. ; 23 x 15 cm.

Traducción de: Paz Pruneda.

ISBN 978-950-02-9896-4

1. Literatura Juvenil Inglesa. I. Pruneda, Paz, trad. II. Título.

CDD 823.9283

Assassin's Creed. Unity

Título original: *Assassin's Creed. Unity*

Edición original: Penguin Group Ltd., Londres, 2014

© Oliver Bowden, 2014

© Ubisoft Entertainment, 2014

© De la traducción: Paz Pruneda, 2015

© La Esfera de los Libros, S. L., 2015

Derechos exclusivos de edición en castellano para la Argentina, Uruguay, Paraguay, Ecuador, Perú y Bolivia

Obra editada en colaboración con La Esfera de los Libros - España

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2016

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

1ª edición en España: octubre de 2015

1ª edición en Argentina: junio de 2016

ISBN 978-950-02-9896-4

Impreso en El Ateneo Grupo Impresor S. A.,

Comandante Spurr 631, Avellaneda,

provincia de Buenos Aires,

en junio de 2016.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

**EXTRACTO DEL DIARIO
DE ARNO DORIAN**





12 de septiembre de 1794

Su diario descansaba sobre mi escritorio abierto por la primera página. Fue todo cuanto pude leer antes de que un devastador torrente de emociones me dejara sin aliento y el texto delante de mí se deshiciera en la neblina de mis ojos. Las lágrimas resbalaban por mis mejillas a medida que los recuerdos de ella volvían a mi mente: la pícara niña jugando al escondite; la mujer ardiente que llegué a conocer y amar en la madurez; sus trenzas pelirrojas a la altura de los hombros; la intensa mirada tras las oscuras y lustrosas pestañas. Poseía el equilibrio de una experta bailarina y un maestro espadachín, mostrándose igual de cómoda al deslizarse sobre el suelo del palacio, bajo los ojos llenos de deseo de cada hombre de la habitación, como cuando estaba en combate.

Pero tras sus ojos se escondían secretos. Secretos que estaba a punto de descubrir. Cogí una vez más su diario, ansioso por posar mi palma y las yemas de los dedos en la página, por acariciar las palabras sintiendo que, en esa página, yacía una parte de su alma.

Comencé a leer.



**EXTRACTOS DEL DIARIO
DE ÉLISE DE LA SERRE**





9 de abril de 1778

i

Mi nombre es Élise de la Serre. Tengo diez años. Mi padre se llama François, mi madre Julie, y vivimos en Versalles: el esplendoroso y hermoso Versalles, donde pulcros edificios y grandes castillos se alzan a la sombra del gran palacio, con sus avenidas de tilos, sus resplandecientes lagos y fuentes, y sus setos, exquisitamente podados en topiaria.

Somos nobles. Los afortunados. Los privilegiados. Y para comprobarlo solo hace falta tomar la carretera de quince millas que lleva a París. Una carretera iluminada por faroles de aceite colgantes porque en Versalles utilizamos esas cosas, mientras que en París los pobres usan velas de sebo y el humo de las fábricas de sebo flota suspendido sobre la ciudad como una letal mortaja, ensuciando el cielo y obstruyendo los pulmones. Vestida con harapos, con espaldas encorvadas ya sea por el peso de su carga física o de su aflicción mental, la gente pobre de París se arrastra a través de calles que parecen no recibir nunca la luz del sol. Calles atestadas de alcantarillas abiertas donde el barro y los desechos humanos fluyen libremente, empapando las piernas de aquellos que portan nuestras sillas de mano mientras pasamos, mirando con ojos muy abiertos por las ventanillas.

Más tarde tomaremos ornamentados carruajes de vuelta a Versalles, dejando atrás campos con figuras envueltas en la niebla como fantasmas. Campesinos descalzos que se ocupan de las tierras de los nobles y que mueren de hambre si la cosecha es mala, esclavos virtuales de sus terratenientes. En casa escucho los relatos de mis padres sobre cómo estos siervos deben permanecer despiertos y golpear con palos a las ranas cuyo croar impide dormir a sus señores, o cómo deben comer hierba para sobrevivir. Mientras tanto los nobles prosperan, eximidos de pagar impuestos, excusados del servicio militar y exonerados de la indignidad de la *corvée*, la jornada no remunerada de trabajo en las carreteras.

Mis padres dicen que la reina María Antonieta deambula por los pasillos, salas de baile y vestíbulos del palacio soñando con nuevas formas de gastar su asignación para vestidos, mientras su esposo, el rey Luis XVI, holgazanea en su *lit de justice* aprobando leyes que enriquecen la vida de los nobles a expensas de los pobres y hambrientos. Y hablan sombríamente de cómo esos actos podrían fomentar la revolución.

ii

Existe una expresión para describir el momento en el que súbitamente comprendes algo. Es el momento en el que «caes del guindo».

Siendo muy pequeña nunca se me había ocurrido preguntarme por qué aprendía historia en vez de etiqueta, modales y compostura; como tampoco cuestioné que mi madre se uniera a Padre y a los Cuervos después de cenar, su voz alzándose en desacuerdo para debatir con tanto acaloramiento como eran capaces de mostrar; nunca me pregunté por qué no montaba a caballo a mujeriegas, ni por qué nunca necesitaba un sirviente para sujetarle la montura o por qué tenía tan poco tiempo para la moda o los chismes de la corte. Ni una sola vez

pensé en preguntar por qué mi madre no era como las demás madres.

No, hasta que caí del guindo.

iii

Ella era hermosa, por supuesto, y siempre iba bien vestida, aunque no tenía tiempo para esas galas que lucían las mujeres de la corte sobre las que apretaba los labios y hablaba con desaproba-ción. Según ella estaban obsesionadas por su aspecto y estatus, por *cosas*.

«No reconocerían una idea ni aunque les golpeará entre los ojos, Élise. Prométeme que nunca acabarás como ellas».

Intrigada, deseando saber más sobre cómo no debería acabar, utilizaba mi ventajosa posición pegada a las faldas de mi madre para espiar a esas odiadas mujeres. Lo que veía eran unas chismosas excesivamente empolvadas que fingían ser devotas de sus maridos, incluso cuando sus ojos recorrían con avidez la habitación por encima del borde de sus abanicos buscando insospechados amantes que atrapar. Sin ser vista, atisbaba tras esas máscaras maquilladas cuando una risa de desprecio moría en sus labios y un gesto burlón moría en sus ojos. Las veía tal y como eran de verdad, a saber: mujeres aterradas. Aterradas por perder su condición de favoritas, por descender en la escala social.

Madre no era así. Para empezar no podía importarle menos el chismorreó. Jamás la vi con un abanico y, además, odiaba acicalarse y no tenía tiempo para pintarse lunares con carbón en cualquier parte del cuerpo o empolvarse la piel de un tono alabastro. Su única concesión a la moda eran los zapatos. Por lo demás, la atención que prestaba a su comportamiento obedecía a una razón, a una única razón: mantener el decoro.

Y era absolutamente devota de mi padre. Se colocaba junto a él —a su lado, nunca detrás de él—, le apoyaba y era incondicionalmente leal a él. Mi padre tenía consejeros, los señores

Chretien Lafrenière, Louis-Michel Le Peletier, Charles Gabriel Sivert y madame Levesque. Con sus largos abrigos negros, oscuros sombreros de fieltro y ojos que nunca sonreían, yo les había bautizado como «los Cuervos», y a menudo escuchaba a Madre defender a Padre ante ellos, respaldándole a toda costa, a pesar de lo que pudiera decirle a él a puerta cerrada.

No obstante, ha pasado mucho tiempo desde la última vez que la oí debatir con Padre.

Dicen que podría morir esta noche.



10 de abril de 1778

i

Sobrevivió a esa noche.

Me senté en su cabecera, sostuve su mano y hablé con ella. Durante un rato tuve la falsa ilusión de ser yo la que la estaba reconfortando, hasta el momento en que volvió la cabeza y me miró con ojos lechosos que sin embargo parecían sondear el alma, y quedó claro que era justamente lo contrario.

Hubo momentos anoche en los que miré por la ventana para ver a Arno en el patio de atrás, envidiando cómo podía vivir tan indiferente al dolor que tenía lugar a apenas unos metros de él. Sabe que está enferma, por supuesto, pero la tisis es algo muy común y la muerte, aun estando atendida por un médico, un suceso cotidiano, incluso aquí, en Versalles. Además, él no es un De la Serre. Es nuestro pupilo y por tanto no está al tanto de nuestros más profundos y oscuros secretos, ni tampoco de nuestra angustia interior. Es más, apenas conoce el estado de las cosas. Para Arno, Madre es una figura remota a la que se cuida en las plantas superiores del castillo; para él, ella se define simplemente por su enfermedad.

En cambio mi padre y yo compartimos nuestra desazón a través de miradas disimuladas. De puertas afuera nos tomamos

muchas molestias en mostrar normalidad, nuestro luto mitigado por dos años de oscuro diagnóstico. Nuestra pena otro secreto oculto a nuestro pupilo.

ii

Estamos acercándonos al momento de caer del guindo. Y pensando en el primer incidente, en la primera vez en que realmente empecé a preguntarme sobre mis padres, y más concretamente por Madre, lo imagino como un poste indicador en la carretera hacia mi destino.

Sucedió en el convento. Tenía solo cinco años cuando me internaron y mis recuerdos distan mucho de estar plenamente formados. En realidad son solo impresiones sueltas: largas filas de camas; un nítido pero desconectado recuerdo de mirar por la ventana coronada de hielo y ver las copas de los árboles que se alzaban por encima de los jirones de niebla; y... a la Madre Superiora.

Encorvada y amargada, la Madre Superiora era conocida por su crueldad. Le gustaba recorrer los pasillos del convento con su vara entre las palmas como si la presentara a un banquete. En su despacho, la vara yacía sobre su escritorio. Por aquel entonces hablábamos de ella diciendo «tu turno», y durante un tiempo el turno recayó sobre mí, cuando ella reprobó mis intentos de felicidad, envidiando el hecho de que estuviera siempre pronta a reír, y llamando a mi sonrisa alegre una sonrisa de satisfacción. La vara, decía, borraría esa sonrisa de mi cara.

La Madre Superiora tenía razón a ese respecto. Lo hizo. Durante un tiempo.

Y entonces, un día, Madre y Padre vinieron a visitar a la Madre Superiora, desconozco por qué motivo, y fui llamada a su despacho a petición suya. Allí encontré a mis padres, girándose en sus sillas para saludarme, y a la Madre Superiora de pie detrás de su escritorio con la habitual mirada de manifiesto des-

precio en su rostro; un franco juicio de mis muchos defectos recién salido de sus labios.

De haber sido solo Madre la que me visitara, no me hubiera mostrado tan formal. Habría corrido hacia ella confiando en poder deslizarme entre los pliegues de su vestido hasta otro mundo, lejos de ese horrible lugar. Pero estaban los dos, y mi padre era mi rey. Él era quien dictaba qué normas de educación debíamos adoptar; él quien insistió en llevarme a un convento en primer lugar. De modo que me acerqué, hice una reverencia y esperé a que se dirigieran a mí.

Mi madre me cogió la mano. Cómo pudo saber lo que había ahí, lo desconozco, ya que estaba girada hacia dentro, pero de alguna forma captó un destello de las marcas dejadas por la vara.

—¿Qué es esto? —preguntó a la Madre Superiora, sujetando mi mano hacia ella.

Nunca había visto a la Madre Superiora mirar cualquier cosa sin mostrarse dueña de sí misma. Pero ahora podría decirse que palideció. En un instante mi madre se había transformado de la correcta y educada dama, justo lo que se esperaba de una invitada de la Madre Superiora, en un instrumento de furia potencial. Todos pudimos notar lo. Sobre todo la Madre Superiora.

Tartamudeó levemente.

—Como estaba diciendo, Élise es una niña testaruda y conflictiva.

—¿Y por eso es castigada con la vara? —preguntó mi madre, su ira en aumento.

La Madre Superiora se encogió de hombros.

—¿De qué otro modo pretende que mantenga el orden?

Madre agarró la vara.

—Esperaba que fuera capaz de mantener el orden. ¿Acaso cree que esto la hace más fuerte? —Golpeó la vara en la mesa. La Madre Superiora dio un respingo y tragó, sus ojos clavándose en mi padre que observaba con expresión extraña e ilegible, como si esos actos no requirieran su participación—. Bien, entonces está muy equivocada —añadió mi madre—. La hace más débil.

Se levantó, mirando fijamente a la Madre Superiora y haciendo que se sobresaltara de nuevo al golpear la vara contra la mesa por segunda vez. Entonces me tomó de la mano.

—Vámonos, Élise.

Nos marchamos, y desde entonces he tenido tutores para enseñarme las materias escolares.

Cuando salimos resueltamente del convento hasta nuestro carruaje para emprender un silencioso viaje de vuelta a casa, tuve clara una cosa. Mientras Madre y Padre se enfurecían por todo aquello que había quedado sin decir, supe que las damas no se comportaban de la forma en que mi madre lo había hecho. En todo caso, no las damas normales.

Otra pista. Sucedió más o menos un año después, en la fiesta de cumpleaños de una mimada niña de un castillo vecino. Otras chicas de mi edad jugaban con muñecas, poniéndolas a tomar el té, solo que era un té de mentira en el que no había ni bebida ni bizcocho, solo niñas pequeñas fingiendo dárselo a las muñecas, lo que para mí, incluso entonces, resultaba estúpido.

No muy lejos de allí, los niños jugaban con soldados de plomo, así que me levanté para ir con ellos ignorando el sorprendente silencio que se hizo a mi alrededor.

Mi niñera Ruth me apartó de allí.

—Juega con las muñecas, Élise —indicó con voz firme pero nerviosa, sus ojos fulminándome mientras se encogía bajo la mirada desaprobatoria de las otras niñeras.

Hice lo que se me mandó, agachándome y fingiendo interés en el falso té y el bizcocho, y una vez resuelta la embarazosa interrupción, la pradera volvió a su estado natural: los chicos jugando con los soldaditos, las chicas con sus muñecas, las niñeras vigilándonos a todos y, no muy lejos, un grupo de madres, damas de alta cuna, chismorreando en las sillas de hierro forjado del jardín.

Observé a esas damas chismosas con los ojos de Madre. Vi mi propio trayecto de niña jugando en la hierba a madre cotilla y, en una ráfaga de absoluta certeza, comprendí que no quería

aquello. No quería ser como esas madres. Quería ser como mi propia madre, que se había despedido del grupo de señoras y podía distinguirse en la distancia, sola, al borde del agua, su individualidad a la vista de todos.

iii

He recibido una nota del señor Weatherall. Escrita en su inglés nativo, me dice que desea ver a Madre, rogándome que me reúna con él en la biblioteca a medianoche para escoltarlo hasta su habitación. Me pide que no se lo diga a Padre.

Otro nuevo secreto que debo ocultar. A veces me siento como uno de esos pobres miserables que vemos por París, encorvada bajo el peso de las expectativas puestas en mí.

Pero solo tengo diez años.

